

# Chile:1990-2007 Una Sociedad Neoliberal Avanzada

JUAN CARLOS GÓMEZ LEYTON<sup>1</sup>  
Universidad ARCIS

## Resumen

El presente artículo analiza la sociedad chilena desde 1990 hasta la actualidad caracterizándola como una sociedad neoliberal avanzada. La constitución de este tipo de sociedad ha sido producto tanto de la acción política de la re-estructuración capitalista realizada por la dictadura militar del General Augusto Pinochet como por las políticas desplegadas por los gobiernos democráticos (1990-2007) que han profundizado, ampliado y consolidado el neoliberalismo en Chile. Una de las principales consecuencias de esta acción política e histórica de más de 30 años ha sido la constitución de nueva ciudadanía.

**Palabras Claves:** Sociedad Neoliberal – Neoliberalismo – Ciudadanía Neoliberal – Fragmentación Social y Política.

## Abstract

This article analyses the Chilean society from 1990 to present, describing it as an advanced neoliberal society. The constitution of this type of society has been due to the political action of the capitalist re-structuration made by the military dictatorship of General Augusto Pinochet as well as to the policies applied by the democratic governments (1990-2007), which have deepened, widened and consolidated neoliberalism in Chile. One of the main consequences of this historical and political action of more than 30 years has been the constitution of a new citizenship.

**Key Words:** Neoliberal Society –Neoliberalism – Neoliberal Citizenship – Political and Social Fragmentation.

---

<sup>1</sup> Dr. en Ciencia Política-Historiador. Director Académico Área de Ciencias Sociales y Humanidades y Director Doctorado en Procesos Sociales y Políticos en América Latina, Universidad ARCIS.



## Introducción

La sociedad chilena luego de la reestructuración capitalista impulsada por la dictadura militar del general Augusto Pinochet (1973-1990) y profundizada por los gobiernos democráticos (1990-2007) se ha transformado en la principal sociedad neoliberal de la región latinoamericana. Condición que va a caracterizar tanto la acción social como política de las y los ciudadanos que la integran; va a diseñar y trazar los contornos culturales de la sociedad civil, del estado y, sobre todo, del mercado.<sup>2</sup>

A lo largo de estos últimos 30 años, el “neoliberalismo” ha dejado ser una determinada política económica o forma de acumulación para transformarse en un tipo específico de sociedad capitalista: la sociedad neoliberal. En estas sociedades la concepción neoliberal se ha vuelto dominante y hegemónica no sólo a nivel de las elites y sectores capitalistas sino que también ha logrado permear a todos los grupos sociales que viven en ella. Produciendo de esa manera una cultura, una economía, una política, una ciudadanía y un estilo de vida, profundamente, neoliberal. Algunos de los rasgos característicos de estas sociedades serían: a) políticamente conservadoras, b) mediáticas, c) ampliamente despolitizadas, d) mercantilizadas, e) fragmentadas social y desiguales, f) individualistas y competitivas. Entre otras, a lo largo del texto, iremos revisando estos rasgos que identifican a una sociedad neoliberal, especialmente, las avanzadas, como es el caso de la chilena. (Brescia, 2000; Gómez Leyton 2003; Gómez Leyton, 2002; Engel y Navia, 2006)

La política democrática como la democracia liberal representativa van hacia la baja mientras que la actividad mercantil, el individualismo, el conformismo, la desigualdad social y la fragmentación ciudadana como la desprotección social y los riesgos van en alza. En ese sentido, se puede sostener que mientras más se consolida la sociedad neoliberal más innecesaria resulta la política, especialmente, la democrática y la democracia liberal representativa pierde completa y total validez e interés para la ciudadanía. Quedando ambas actividades (la política) en manos de los traficantes de la palabra y el poder, o sea, de las elites políticas. La política queda encapsulada en los partidos políticos “conformes con el sistema”. Los cuales monopolizan la dirección política de la sociedad. (Gómez Leyton, 2003b) En este escenario, la ciudadanía opta por retirarse a los espacios privados y automarginarse de toda participación política, en ese sentido la política institucionalizada se vuelve estéril, se transforma en lo que Tomás Moulian denomina la seudopolítica<sup>3</sup>.

<sup>2</sup> En Gómez Leyton (2003) hemos desarrollado la idea que la historia reciente de América Latina se caracteriza esencialmente por el desarrollo simultáneo, producto de la reestructuración capitalista, del mercado como de la sociedad civil.

<sup>3</sup> Según Moulian (2004:13) la “seudopolítica corresponde a la simulación, al despliegue de conflictos acalorados pero ficticios, cuya puesta en escena puede ser virulenta pero en realidad solo es una nueva variante de un nuevo espectáculo, la entretención de la política.[...] La seudopolítica busca generar la imagen de la hiperpolitización, una de cuyas expresiones sintomáticas es una preocupación obsesiva por los personajes políticos. La prensa, la televisión y los radios multiplican las noticias políticas, pero sus temas son el chismorreo (generalmente morboso, pero en ocasiones solo frívolo) sobre las vidas privadas de los hombres públicos y los trascendidos sobre los casos de corrupción,

Especialmente, la seudopolítica la realizan los sectores integrados en el sistema político neoliberal. Mientras que las y los ciudadanos que la resisten prefieren desarrollar lo que U. Beck (1999) denomina la sub-política. O sea, una política que se realiza en los márgenes de la institucionalidad oficial. El partido político predominante en este tipo sociedades es el “partido de los no electores”. El abstencionismo político, entendido en un sentido amplio, como la no participación política, es el comportamiento habitual de las y los ciudadanos chilenos (Gómez Leyton, 2004 y 2004b).<sup>4</sup>

Lo anterior implica que los procesos culturales que han emergido y se expresan en la sociedad civil chilena están signados o teñidos fuertemente por la cosmovisión neoliberal que se ha vuelto hegemónica y dominante. No obstante, y a pesar de la marca indeleble del neoliberalismo, la sociedad chilena es una sociedad con un conjunto de problemas pendientes que enjuician críticamente los resultados integrales de la re-estructuración capitalista neoliberal. Especialmente, en lo referente a dar solución efectiva a las problemáticas sociales, económicas, políticas y culturales que atraviesan transversal e históricamente la sociedad nacional desde sus albores republicanos, hace ya casi 200 años.

En efecto, la sociedad chilena pronto a cumplir dos siglos de vida independiente arrastra un conjunto de problemas sociales, económicos, políticos y culturales no resueltos a pesar de los distintos esfuerzos realizados para darle algún tipo de solución.

En materia social uno de los problemas de larga duración es la pobreza que afecta a un porcentaje significativo de chilenos y chilenas desde los mismo albores de la República. Tengamos presente que hacia el centenario la queja de los principales intelectuales de la época estaba centrada en las magras condiciones de vida que debían soportar cerca del 70% de los ciudadanos nacionales que vivían en la extrema pobreza. Los recientes informes del PNUD acerca del desarrollo humano nos señalan que el país sigue teniendo niveles de pobreza significativos agravados por la fuerte desigualdad social y económica, ampliamente reconocido en diversos estudios. La pobreza y la desigualdad social no son sólo productos de las actuales políticas económicas y sociales, han sido problemas o realidades históricas que han configurado a la sociedad nacional desde su constitución como Estado independiente. (PNUD, 1998, 2000, 2002, 2004)

En materia económica, la sociedad chilena, no ha logrado dar con el modelo económico capitalista u otro alternativo que le permita desarrollarse en forma sustentable y equitativa en el tiempo. A grosso modo, tres han sido los modelos de desarrollo tratados de manera desigual y sesgada. La seudopolítica busca el “asesinato de imagen” de la política, para convertirla en impotente.

<sup>4</sup> La abstención política en Chile alcanza al 47,5%. Este porcentaje, considera tanto la ciudadanía que no concurre a votar en los torneos electorales, como aquellos que votan en blanco o anulan su voto. Pero, también se considera a las y los ciudadanos que no están inscritos en los registros electorales que actualmente llegan a 2.400.000, aproximadamente el 22% de la ciudadanía con derecho a sufragar.



económicos implementados en el país a lo largo de estos dos siglos de vida independiente, a saber: en el siglo XIX, el modelo primario exportador (crecimiento hacia fuera, como lo denominara Aníbal Pinto); en el siglo XX, 1930-1975, la industrialización sustitutiva de importaciones, ISI, (crecimiento hacia adentro) y desde 1975 hasta el día de hoy, el modelo económico neoliberal. Los tres modelos han sido concebidos con la expectativa de lograr que la sociedad chilena alcance su desarrollo social y económico. Como es sabido, ninguno de los tres modelos ha logrado dicha meta. Sus éxitos han sido relativos y coyunturales. En cierta forma los tres han fracasado. Por esa razón, el desarrollo económico sigue siendo una problemática pendiente.

En materia cultural Chile mantiene serios y profundos problemas. Tal vez, el más importante y relevante de todos sea la marcada tendencia entre los chilenos y chilenas a negar la diversidad cultural y étnica, sobre la cual se constituye la sociedad nacional. La profunda internalización cultural y social, en gran parte de la población nacional, de la tradicional tesis, levantada durante el siglo XIX por las elites dirigentes a cargo de la construcción de la República, de que “Chile es un país de blancos...y donde lo indígena es sólo reconocible al ojo del experto” tiende a negar la existencia cultural de los pueblos originarios. Si bien, en los últimos años se han realizado esfuerzos por cambiar dicha postura, los chilenos y chilenas independientemente de sus condiciones socioculturales son reacios a aceptar la diversidad cultural. La segregación, la exclusión y la discriminación han sido las formas históricas practicadas en la sociedad nacional al momento de enfrentar la diversidad y la pluralidad cultural.

En materia política, el principal problema no resuelto que arrastra desde el siglo XIX la sociedad chilena, que por su carácter, importancia y duración constituye un mega-problema o una mega-tendencia histórica, es la errática construcción de un régimen político democrático o una clara república democrática. Hacer la historia de ella es hacer, también, la historia del autoritarismo. En efecto, en el Chile actual como en el Chile del Centenario: la democracia es todavía una cuestión pendiente. Parafraseando al economista Aníbal Pinto, podríamos sostener: Chile constituye “un caso de democracia frustrada”. Por esa razón, hemos sostenido en diversos trabajos que la democracia, no sólo como régimen político, sino como sociedad democrática o estado democrático es, actualmente, un tema pendiente. En ese sentido, un espacio abierto para su construcción futura.

La pobreza, la desigualdad, la discriminación social y racial, y la crisis de la democracia se ven claramente afectadas por la condición neoliberal de la ciudadanía en la sociedad civil chilena actual. La ciudadanía que predomina en una sociedad neoliberal triunfante se caracteriza por su pasividad y, sobre todo, por su disciplinamiento y enajenamiento en el mercado. Se trata de una ciudadanía fragmentada social y políticamente. Es lo que vamos a exponer en este trabajo.

## La Ciudadanía Neoliberal

La constitución de la ciudadanía neoliberal –que no se condice con el desarrollo y cierta ampliación y fortalecimiento experimentada por las organizaciones sociales de la sociedad civil durante la dictadura militar (1973-1990)– es el resultado de la mantención, ampliación y profundización del neoliberalismo por parte de los gobiernos de la Concertación de Partidos Políticos por la Democracia (CPPD) que han conducido a la sociedad chilena desde 1990 hasta la fecha. No es que las organizaciones sociales de la sociedad civil hayan desaparecido o que no se manifiesten en relación al gobierno o al Estado o al mercado sino más bien ellas han experimentado un vaciamiento ciudadano similar al que han experimentado las organizaciones políticas, especialmente, los partidos políticos. Este vaciamiento social y político se explica por la de-construcción que experimenta el modelo tradicional de ciudadanía inducido por el neoliberalismo. Lo que ha llevado a la crisis de la ciudadanía y de su compromiso político y cívico (Gómez Leyton, 2006).

La crisis de la ciudadanía se expresa, fundamentalmente, en el surgimiento y constitución de una ciudadanía política fragmentada. Cuya principal característica es su desvinculación de la política y, especialmente, de la política democrática. En la actualidad es posible identificar en la sociedad chilena cuatro tipos de ciudadanos políticos, a saber: a) los ciudadanos tradicionales, b) los ciudadanos no electores, c) los ciudadanos no políticos y d) los ciudadanos subpolíticos.

Los **ciudadanos tradicionales**, son aquellos que conciben la ciudadanía política, tal como se práctico durante el siglo XX. Es decir, son, esencialmente, ciudadanos electores, para ellos la participación en los actos electorales es la mayor y más acabada manifestación de su responsabilidad cívica y política. Tienden a militar o simpatizar con algún partido político. Pero, sin mayores compromisos ni involucramiento activo en la acción política partidista. Su compromiso cívico, fundamental, es asistir a los distintos actos electorales a que son convocados. El sufragar es un tipo específico de salida al espacio público desde sus espacios privados: el hogar o su trabajo.

Los **ciudadanos “no electores”**, son ciudadanos y ciudadanas que se encuentran inscritos en los registros electorales. Pero que tienen un comportamiento político electoral abstencionista. No sienten mayor apego por la actividad política electoral ni partidaria. En este grupo se encuentran los no electores activos y los congelados. Los primeros son los que votan en blanco o anulan su voto, es decir, concurren y participan en los actos electorales, pero no eligen. Los segundos, no asisten a todos los actos electorales, sino que concurren y votan en determinadas elecciones, especialmente, en las presidenciales. Difícilmente, concurren a votar a las elecciones parlamentarias o municipales. Es decir, congelan o suspenden su ciudadanía política, entre una elección y otra. Son menos comprometidos social y políticamente que el grupo anterior.



Los **ciudadanos no políticos**, son aquellos ciudadanos que han renunciado voluntariamente a su condición de ciudadanos políticos. Para tal efecto no se inscriben en los registros electorales. Rechazan la política, a los partidos y a la clase política. Son ciudadanos despolitizados e irresponsables políticamente hablando. Son los menos comprometidos socialmente.

Los **ciudadanos sub-políticos**, son todos aquellos ciudadanos que pueden ser ciudadanos políticos activos, es decir, están inscritos en los registros electorales o pueden ser ciudadanos “no electores”: abstencionistas activos o congelados o, también, ciudadanos no políticos. Pero que son activos ciudadanos en los espacios subpolíticos de la democracia protegida. Trabajan en los espacios no institucionalizados de la política democrática. Son críticos activos de la democracia liberal representativa. No rechazan la política todo lo contrario, son cien por ciento, políticos. Por lo general, son ex-militantes, ex combatientes de los sesenta o de los ochenta, altamente comprometidos con el cambio social actual: son defensores del medio ambiente, críticos del mercado, en ellos la crítica es todo. Son constructores de experiencias democráticas participativas y directas en el ámbito de los espacios locales. Son la inmensa gran minoría de ciudadanos activos en la sub-política democrática. Ellos apuestan por la democracia radical y participativa.

De estos cuatro sectores ciudadanos el único que se encuentra actualmente representado en el Parlamento son los ciudadanos tradicionales. Sin embargo, ello no quiere decir que esa representación sea óptima. Si bien, ellos constituyen alrededor del 55% de la población con derechos políticos activos y son la base de apoyo político electoral de la democracia actual, el avance sistemático de los “no electores”, especialmente, de los “no ciudadanos políticos” y el lento crecimiento, aunque sostenido, de los ciudadanos sub-políticos cuestionan profundamente el tipo de ciudadanía construida en los tiempos del libre mercado.

Una ciudadanía política fragmentada no contribuye al desarrollo de una democracia sólida, incluyente y participativa, todo lo contrario permite que la democracia sea una democracia de los políticos más que de la ciudadanía. El planteamiento de fondo del anterior argumento señala que se debe procurar alcanzar una democracia con una ciudadanía poderosa. Sin embargo, lo que encontramos es, la pobreza ciudadana. Pues, al ciudadano ha sido reducido a la expresión de votar. (Gómez Leyton, 2004b; Gómez Leyton, 2003b))

Frente, a este “ciudadano pobre” políticamente, el neoliberalismo ha construido los, “ciudadanos ricos” mercantilmente hablando. La existencia de sociedades como democracias neoliberales triunfantes, supone la constitución de una “sociedad abierta”, es decir, ambas sociedad y democracia se estructuran a partir de una economía de libre mercado. En donde el Estado se ve reducido a lo que algunos han llamado el “Estado mínimo”, especialmente, por la no intervención en el proceso

productivo y económico semejante al del estado keynesiano. Evidentemente, el estado neoliberal, no es un estado débil, ni mínimo, todo lo contrario, es muy poderoso y esta muy activo en la sociedad neoliberal. (Gómez Leyton, 2002, 2006a y 2006b)

Tengamos presente que la conformación de una economía dirigida por las fuerzas del mercado, fue posible por la acción del estado bajo el control de la dictadura militar. La configuración de la economía neoliberal potencia la conformación de un ciudadano, esencialmente, económico. (Gómez Leyton 2006a y 2006b). O mejor dicho, la ciudadanía no se realiza en el acto de la participación política o cívica, ya sea, en el partido, en el acto electoral o en la organización social de la sociedad civil, sino en el acto de consumir. Se es ciudadano en la medida que se participa en el mercado. De ahí que el sociólogo chileno T. Moulian analizando la sociedad chilena, hace ya diez años, haya descrito la existencia del ciudadano credit-card o ciudadano consumista. (Tomás Moulian, 1997)

Este ciudadano credit-card lo encontramos en la mayoría los países democráticos en donde se ha instalado y desarrollado la economía de mercado. Podemos preguntarnos, si este ciudadano se interesa por la democracia o por la política, en otras palabras se compromete con la sociedad civil. En términos amplios, la respuesta es negativa. Por lo general, la ciudadanía credit-card es una forma de despolitización de la ciudadanía democrática, o sea, política y cívica. Pues, ya no se concibe a la política como posibilidad de deliberación y de liberalización, por tanto, la interrogación crítica no existe. Fundamentalmente, porque el consumo vía el crédito se ha transformado en un formidable factor de disciplinamiento social y político. La participación es plenamente mercantil, la integración ya no se busca a través de los canales políticos sino, esencialmente, mercantiles. En la medida que este ciudadano comete la falta de dejar de pagar, su ciudadanía se desvanece. El mercado lo expulsa. Lo reduce a una ciudadanía, exclusivamente, política, pobre. Es alguien que ha perdido la posibilidad de acceso a una extensión casi mágica de sus posibilidades y poderes para volver a ser nadie. Vuelve a ser un otro tipo de “cliente”, aquel que depende totalmente de los vaivenes de la política. Sin embargo, no se realiza en ella. La rechaza, la niega. En ese acto, se niega así mismo como ciudadano. La política pierde sentido, pues ella no lo vincula con el mercado. No puede, por lo tanto, construir su proyecto de vida. Los proyectos de vida de los ciudadanos credicales ya no tienen como referencia la política en su sentido moderno, o sea, como construcción colectiva del futuro, su referencia directa es el mercado. Es allí donde los ciudadanos y ciudadanas, transversalmente, eligen los medios que le permiten su realización social, económica y cultural. Por consiguiente, no necesitan de la política de carácter distributiva como la desarrollada durante la época del Estado del Bienestar. La política pierde su centralidad pasada y, por consecuencia de aquello, también los mecanismos de la democracia representativa como, por ejemplo, las elecciones. Eso explica la creciente no participación política



electoral y social que se observa en la sociedad chilena, el des-compromiso ciudadano y el vaciamiento de las organizaciones de la sociedad civil.

La existencia y masividad del ciudadano credit-card ha reemplazado en forma mayoritaria al ciudadano político-partidista-social-cívico. En términos simbólicos actualmente es más importante poseer o acceder a una “tarjeta de crédito” (master card, visa o cualquier otra) que poseer el “carnet del partido” o la cédula de votante. Por lo tanto, este nuevo ciudadano no le interesa mayormente la competencia política en cuanto esta pone en conflicto distintos proyectos históricos de sociedad. Su interés principal es por la mantención del status quo político, económico, social, pero necesariamente, cultural. Por ello políticamente definida la ciudadanía crediticia-mercantil es conservadora y al mismo des-politizada. Produciendo una democracia y una sociedad civil: mercantil, conservadora y desmovilizada. (Gómez Leyton, 2002; 2006b; Hopenhayn, 2005)

### **Chile una sociedad neoliberal del riesgo o en riesgo**

La emergencia de la sociedad neoliberal triunfante, ha coincidido con otros procesos históricos que la informan, la sustentan, la dinamizan y la influyen de distintas maneras. El influjo y encanto del pensamiento posmoderno, el impacto de la cuatro “ies” que constituyen la globalización (inversiones de capital en red, información en internet, industria fragmentada e individuo global consumidor), la desaparición del socialismo real (la muerte de la esperanza igualitaria y libertaria expresada en el socialismo), el fin de la guerra fría y la constitución de un mundo internacional unipolar, el agotamiento de la democracia liberal representativa, etcétera; entre otros procesos históricos que han tenido al interior de la sociedad chilena un fuerte y profundo impacto. De manera tal que han coayudado a producir la versión chilena de la sociedad neoliberal del riesgo que nos describe U. Beck. (1998)

Por cierto, se trata de la “versión chilensis” de la sociedad del riesgo en virtud que la teoría de la modernización reflexiva o segunda modernidad ha sido construida a partir de la realidad histórica de las sociedades capitalistas modernas plenas (europea o estadounidense). La versión chilensis corresponde a las sociedades del riesgo de la periferia.

La sociedad del riesgo periférica es una versión incompleta, inacabada, muchas veces, no más que una copia de la versión central con sus propias particularidades. Agréguese a ello, que todos los procesos de modernización desarrollados en América Latina no han logrado nunca romper con los lazos de dependencia que ligan a nuestras sociedades periféricas con las centrales. Por esa razón, la sociedad del riesgo neoliberal chilensis es un híbrido en que se mezclan aún aspectos propios de la sociedad moderna industrial, o sea, de racionalización de la tradición con elementos de la racionalización de la racionalización.



En esta línea argumental habría entonces que apuntar que la sociedad neoliberal no ha logrado superar ninguna de las polarizaciones, contradicciones y desigualdades heredadas de las modernizaciones anteriores. Diríamos que las ha redefinido. Por tanto, el actual proceso histórico se caracteriza tanto por la continuidad y la ruptura. Pero, también, por la novedad.

La sociedad neoliberal del riesgo se presenta como la superación de las diversas dimensiones sociales, políticas, culturales y económicas que caracterizaron a la sociedad industrial sustitutiva. Vivir en la sociedad neoliberal del riesgo, es vivir en un relativo cambio perpetuo, que gira sobre si mismo. A diferencia de la modernidad industrial, especialmente, de la época del fordismo y del estado social del bienestar, en donde todo tendía a la estabilidad y la perdurabilidad de lo estructurado en lo social, en lo político y en lo económico. En cambio, en la sociedad del riesgo nada es estable, todo es mudable e inseguro, de ahí, el riesgo. Si la modernidad industrial ofreció a la ciudadanía seguridad social, laboral y familiar la sociedad “mercantil” del riesgo ofrece escasas seguridades en esos planos. Lo que ofrece son riesgos, inestabilidad e incertidumbre por doquier. De allí que un aspecto central de la sociedad del riesgo sea la tendencia al “presentismo” o sea, la tendencia de los sujetos a vivir intensamente el presente y de rehuir a comprometerse en proyectos vitales de larga duración.

Los cambios en la organización de las familias, por ejemplo, son un factor clave en la constitución de la sociedad del riesgo. La modernidad industrial tenía como requisito paradójico que se mantuviera un orden familiar premoderno. El modelo del hombre trabajando en el espacio de la producción industrial (trabajo retribuido) y la mujer que se queda a cargo de la reproducción cotidiana de la fuerza de trabajo, en casa (trabajo doméstico). Los encierros de la sociedad industrial eran la fábrica y la casa. En uno estaban los hombres y en los otros las mujeres, en compañía de los niños y las niñas, aunque éstos están, también, en la escuela (otro de los encierros modernos). Las políticas asistenciales del estado del bienestar y del keynesianismo reforzaban a través de estímulos económicos, sociales, culturales, educacionales la mantención de dicho modelo. Sin embargo, todo esto comienza a cambiar con el acceso de las mujeres a la educación, en especial a la educación superior, y con la consiguiente incorporación de las mujeres a la fuerza de trabajo (Tironi, 2005).

Con la sociedad del riesgo, revientan las relaciones entre los sexos, que estaban soldadas con la separación de producción y reproducción y que eran mantenidas a través de la familia y apoyadas por las políticas sociales del estado del bienestar y del keynesianismo.

La conjunción simultánea de la liberación de las mujeres de los roles tradicionales con el desmantelamiento de las políticas keynesianas y del bienestar unido a la implementación de las políticas neoliberales provocaron la crisis de la familia, del matrimonio y de las relaciones de pareja, del amor, etcétera. Según Beck (1998), todo



se volvió inseguro: la forma de convivencia, quién hace qué trabajo, las nociones de sexualidad y amor y su inclusión en el matrimonio y en la familia, la institución de la paternidad se disgrega en padre y madre; los hijos, con la intensidad de vinculación que contienen y que ahora se está quedando o ya es anacrónica, son los últimos de irse de la casa. Por estas razones, lo característico de la actual sociedad mercantilizada del riesgo es y será por mucho tiempo la lucha por la “reunificación” de aquello que la crisis de la modernidad industrial disolvió. La reunificación del trabajo y vida; trabajo doméstico y trabajo retribuido; de las parejas, de padres e hijos; no necesariamente implica una involución al modelo anterior, todo lo contrario, supone, políticamente hablando, su superación.

Uno de los aspectos más relevantes de la sociedad industrial era su condición de ser una sociedad del trabajo. La política social central del estado era asegurar el pleno empleo, o sea, dotar a los ciudadanos de un trabajo remunerado, estable y continuo en el tiempo. Las biografías de los hombres se construían en torno a la experiencia laboral de larga duración, o sea, en el trabajo retribuido como también en el matrimonio. La biografía de las mujeres en torno a la experiencia del matrimonio y la crianza de los hijos, o sea, en el trabajo doméstico. Con la crisis de la instalación del neoliberalismo, con los recortes a las políticas sociales, la sociedad del trabajo llega a su fin. Puesto que tanto el trabajo retribuido es afectado por el desempleo industrial masculino y el trabajo doméstico es afectado por el empleo femenino, o sea, con la incorporación de la mujer a la fuerza de trabajo, con ello la feminización de la pobreza.

Ambos desempleos provocan la crisis de la estructura familiar industrial. Surgen formas y situaciones de existencia no colectivas sino de forma individualizada, las cuales obligan a hombres y mujeres (en nombre de la propia supervivencia material) a hacer de sí mismos el centro de sus propios planes de vida y de su propio estilo de vida.

En este sentido la individuación tiende a eliminar las pertenencias o a renunciar a los sujetos colectivos, especialmente, a las clases sociales, a los partidos políticos, a las organizaciones comunitarias, a los movimientos sociales, etc. Se instala el individuo solitario, desconectado de lo social y político; pero, enchufado a los aparatos que lo conectan con la realidad virtual, imaginaria, global. (Sartori, 1998; García Canclini, 2004)

Entre las consecuencias de esta nueva situación aparece una mayor fragilidad de la familia tradicional que se expresa en la caída del matrimonio, el aumento de los separaciones o anulaciones, en el aumento de la convivencia, de la crisis de la paternidad, del aumento de las jefas de hogar, de la caída de fecundidad, del aumento de los hogares unipersonales, entre otras.

Al analizar, brevemente cada uno de los aspectos antes mencionados en relación a las cifras arrojadas por el Censo 2002 y su comparación con el Censo 1992, las tendencias predominantes de la sociedad del riesgo neoliberal quedan ampliamente documentadas.<sup>5</sup> Las cifras indican que, por ejemplo, la categoría casado/a se mantiene como predominante, aunque descendió su porcentaje de 51,8% en 1992 a 46,2% en el año 2002. Los solteros y viudos mantienen casi los mismos porcentajes entre ambos censos, las categorías separados y, en especial, conviviente o pareja, experimentan un alza importante. Tal como se puede observar en el cuadro que sigue:

ESTADO CIVIL	CENSO 2002	CENSO 1992
CASADOS	46,2	51,8
CONVIVIENTES	8,7	5,6
SEPARADOS	0,4	0,31
ANULADOS	4,7	3,4

En primer lugar el tema del matrimonio, o de los casados. Digamos que la sociedad del riesgo neoliberal es una sociedad en donde predomina el individualismo, el hedonismo y cuyo principal compromiso social es la privatización de las vidas individuales. Por esa razón, algunos autores estiman que se trata de una sociedad dominada por el narcisismo. Todo ha cambiado hasta el amor. Lo cual no es una cosa menor, pues, afecta directamente al matrimonio y a la familia. Se ha pasado del amor romántico al amor confluyente.

En términos tradicionales en el matrimonio, predominaban, los lazos de cooperación y colaboración entre los esposos, al compartir la responsabilidad de sostener la alianza, el patrimonio familiar, el amor romántico contribuía a consolidar la alianza y proyectarla en el futuro. La concertación matrimonial, el enlace, la unión de dos sujetos, constituía el punto de partida para la construcción de un proyecto de vida, en el cual el amor romántico era una apuesta destinada a controlar y dar sentido al futuro: “contigo pan y cebolla”.

El matrimonio moderno industrial tenía como base espiritual el amor romántico y como base material el trabajo retribuido y el trabajo doméstico, por un lado, y la acción del estado social, la base política, por otro. El éxito del proyecto familiar, en cierta forma, estaba asegurado en la medida que esas bases funcionaran y en gran parte así fue.

Sin embargo, en la modernidad reflexiva, se han producido cambios que han alterado tanto las bases amorosas, materiales y políticas del matrimonio. Se pueden identificar cinco cambios que estarían afectando a la estructura familiar como matrimonial:

<sup>5</sup> Para este análisis nos hemos apoyado en el trabajo colectivo compilado por el Instituto Nacional de Estadísticas (INE, 2003).



Primero, *la prolongación de la esperanza de vida*, ha alterado el tejido biográfico, especialmente, de las mujeres. En décadas anteriores el tiempo que duraba la vida de una mujer bastaba para traer al mundo y educar al número de niños supervivientes “deseado” socialmente, hoy por hoy, los deberes maternos acaban a los 45 años. Vivir “para los hijos”, hace mucho tiempo que dejó de ser un objetivo existencial de las mujeres. Este vivir se ha convertido en una fase pasajera, relativamente corta, liviana, puesto que el número de hijos también ha disminuido. La tasa de fecundidad, por ejemplo, tuvo una significativa reducción entre el censo 1992 y el censo de 2002, de 135,3 por mil paso a 96,52 por mil respectivamente, con una variación de menos 38,78. Por lo tanto, las mujeres tienen por término medio tres décadas de “nido vacío”. De manera, que actualmente la sociedad chilena tiene más de un millón y medio de mujeres en la “mejor edad” que viven en comunidad post-materna, a menudo sin una actividad concreta que llevar a cabo.

En segundo lugar, los procesos de modernización reflexiva, *han reestructurado el trabajo doméstico*. Especialmente, producto de los procesos técnicos de racionalización que pasan al trabajo doméstico. Numerosos aparatos, máquinas y ofertas de consumo descargan y vacían el trabajo doméstico. Se ha producido la “descalificación del trabajo doméstico. En efecto, un ejército de aparatos electrodomésticos inunda el mercado destinados a aliviar a las mujeres, pero no sólo a ellas, sino también a los hombres como también a las trabajadoras y los trabajadores del servicio doméstico en sus tareas hogareñas. Según el Censo 2002 el 78,7 % de los hogares nacionales poseen lavadoras, el 41,4% secadoras/centrifugas y el 82,1% refrigeradores, aparte de microondas, jugueteras, batidoras, etcétera. Generando una mayor cantidad de “tiempo libre” a las dueñas de casas que potencia la salida hacia el trabajo profesional extra-doméstico:

ARTEFACTOS	CENSO 2002	CENSO 1992
Televisores	87,0%	52,6%
Lavadoras	78,8%	48,2%
Refrigerador	82,1%	54,6%
Horno microonda	30,0%	4,2%
Teléfono Celular	51%	1%

Sin embargo, la “descalificación del trabajo doméstico” no implica la liberación de las mujeres chilenas del trabajo doméstico sino más bien la interrelación entre el trabajo retribuido femenino y el trabajo doméstico. Esto significa, que la mujer asume tanto la tarea doméstica como el trabajo retribuido, en otros casos, se produce una delegación del trabajo doméstico hacia otros miembros del núcleo familiar como pueden ser hijos o hijas, por lo general, hacia una hermana o hacia la abuela. Pero también están las guarderías infantiles, los kindergarden, o las “nanas” que asumen el

cuidado de los hijos de las madres que trabajan. De acuerdo con las cifras del Censo 2002 se podría sostener que la delegación de funciones en otros miembros del grupo familiar, como la mezcla de trabajos en la mujer, es la solución más extendida en la sociedad chilena. Dado que tan sólo 1,4% de los hogares nacionales declaran tener una “asesora del hogar”.

En tercer lugar, la caída de la tasa de fecundidad revela que los hijos y la maternidad ya no son un destino natural del matrimonio o de las mujeres. Además esto se une al principio de los hijos deseados o de la maternidad querida. Exceptuando, el embarazo adolescente, las mujeres de la modernidad reflexiva, al contrario de sus madres e incluso de sus abuelas, pueden co-determinar, consensuar o confluir con su pareja, el sí, el cuándo y el número de hijos. Esto, especialmente, gracias a la extensión y masificación de los métodos anticonceptivos. Al mismo tiempo, la sexualidad femenina es liberada del “factum de la maternidad” y puede ser descubierta y desarrollada conscientemente contra las normas masculinas. De ahí, que el número de hijos haya disminuido significativamente de una década a otra. Reduciendo con ello el número de integrantes de la familia nuclear.

Los hombres y mujeres de la modernidad reflexiva se unen para estar juntos, para evitar la soledad, pero no necesariamente para procrear, para criar hijos, o para realizarse en los hijos. Por lo general, aunque, aún no es algo muy extendido en la sociedad nacional, los hombres y mujeres que se “emparejan” traen sus propios hijos. Los hijos comunes eran el producto del amor romántico. Mientras que los hijos tuyos y los míos y los nuestros (en algunos casos) son propios del amor confluyente.

En cuarto lugar, el aumento de las separaciones, de las anulaciones como de la “convivencia” en una década remiten a la fragilidad del sustento matrimonial y familiar como se muestra en el cuadro de más arriba. Estos aumentos parecen más el efecto que la causa de la aparición del *amor confluyente, contingente, activo, que rehuye a las expresiones “sólo”, “único” y “para siempre”*, a la vez que rechaza al modelo heterosexual como única imagen de pareja. A la inversa del amor romántico, el amor confluyente no espera la validación del yo en la presencia del otro, no es necesariamente monogámico e introduce el *ars erótica* en el seno de la relación conyugal que se mantiene “hasta nuevo aviso”. El matrimonio pasa a ser una institución devaluada y se mantiene en la medida en que contribuye a la satisfacción emocional mientras que la descendencia pasa a ser vista como un “elemento inercial”, un impedimento para la separación, antes que un motivo de consolidación del vínculo conyugal. Actualmente, rotas las diferencias de roles, el matrimonio deja de ser visto como una institución imprescindible para la planificación del futuro de las personas. La fecha del casamiento deja de ser importante dentro de las efemérides del calendario personal, afirma con no poca ironía A. Giddens (2001). Ya no se espera completar la identidad del yo en la consumación de una relación “de por vida”.



La “convivencia” expresa el amor confluyente. Pero también expresa la revalorización de un “yo” narcisista y hedonista de los individuos de la sociedad del riesgo. De allí que Touraine (1997) se pregunte si podremos “vivir juntos”. Los narcisos (hombres y mujeres) rechazan los compromisos afectivos justamente por el peligro potencial de sufrimiento y de dolor que convocan tanto el vínculo amoroso como los compromisos de largo plazo. La baja de la tasa de natalidad observada en el Censo 2002 es una indicación certera de las dificultades que tienen las nuevas generaciones para afrontar los riesgos de una relación comprometida. Mas aún, cuando las políticas implementadas por el neoliberalismo ha retirado las bases materiales y políticas que posibilitaban que los ciudadanos y ciudadanas de la modernidad puedan asumir con cierta seguridad los riesgos de la vida matrimonial. El lema de la sociedad del riesgo neoliberal es “arréglatelas como puedas”.

El “arréglatelas como puedas” direcciona hacia la individualización y a la soledad. El aumento de los hogares unipersonales, según las cifras del censo, creció en un 76% desde 1992. Y, son las mujeres que lideran el alza. Si bien los datos del censo señalan que el hogar con jefatura masculina sigue siendo el mayoritario -el 68,5% de los hogares - la jefatura de hogar femenina aumentó con respecto a 1992 en 6,2 puntos porcentuales, avanzando de 25,3% en 1992 a 31,5% en el 2002.

En suma, el proceso de ampliación y profundización de las tendencias propias de las sociedades neoliberales del riesgo acentúan significativamente el des-compromiso de los individuos con las organizaciones sociales de la sociedad civil. Este des-compromiso es la manifestación concreta del proceso de individualización de los derechos ciudadanos y de la acción de los mismos en la sociedad y en el sistema político.

La dinámica de conculcación de los derechos sociales y económicos impulsados por el neoliberalismo redefinió de facto los límites de pertenencia a la comunidad, en el sentido amplio del término. Esto condujo, en un primer momento, la proliferación de luchas en torno al reconocimiento de la existencia. Ello explica la explosión de los movimientos sociales y de las organizaciones sociales que se articularon desde la sociedad civil en lucha por ampliar y reformular la comunidad, especialmente, en el plano económico y social. Una vez consolidada la dominación neoliberal la acción colectiva de algunos grupos sociales o movimientos de la sociedad civil se activara en torno a una demanda más ligada a lo cultural-simbólico.

La dominación y hegemonía neoliberal que como ya hemos sostenido amplio la configuración de una sociedad neoliberal triunfante trae como consecuencia la consolidación de la reformulación del rol del individuo en la sociedad. No por casualidad, parte de la teoría social ha venido analizando dichos procesos en términos de una nueva dinámica de individualización. Desde esta perspectiva, la sociedad neoliberal triunfante exige a los individuos el hacerse cargo de sí mismos y que, independien-

temente de sus recursos materiales y simbólicos, desarrollen soportes y competencias necesarias para garantizar su acceso a los bienes sociales. En este nuevo escenario social, el bienestar ya no aparece como un derecho, sino como una oportunidad.

El proceso de individualización como hemos detallado más arriba no sólo significará el declive y la fragmentación (social y política) de la ciudadanía, sino también la aceptación, la legitimación, defensa e incluso, demanda de ciudadanía restringidas, que no poseen un alcance universalista ni aspiraciones igualitarias, sino más bien, específicas y propias de un determinado grupo social que la reclama como, por ejemplo, las minorías sexuales, como la minorías indígenas u otras similares. El reclamo o la demanda de reconocimiento de la existencia se constituyen y se sostienen en función de la diferencia más que en las semejanzas entre sujetos que conviven en una misma comunidad o sociedad política. Se trata de un reclamo por una ciudadanía restringida, cerrada y exclusiva. En otras palabras, una ciudadanía “individualista”, puesto que no se inserta necesariamente en una lucha amplia y colectiva por una nueva ciudadanía. Más bien, este modelo de ciudadanía no conlleva una oposición con las formas de ciudadanía propuestas por el neoliberalismo, todo lo contrario se insertan en las lógicas del mercado. O sea, son funcionales a la dominación neoliberal.

### **La fragmentación de la ciudadanía social**

La fragmentación de la ciudadanía en su dimensión social, más arriba se especificó la política, se va sostener en tres ejes centrales: **la propiedad (individual), el consumo (en sus distintas subespecies) y la autoorganización (colectiva)**. Esto nos permite identificar tres tipos de ciudadanos sociales, **el ciudadano propietario** o patrimonial, **el ciudadano consumidor-usuario** y **el ciudadano colectivo-participativo**.<sup>6</sup>

El ciudadano propietario es consustancial a cualquier régimen liberal capitalista. Sin embargo, ese tipo de propietario experimenta un cambio sustantivo en la fase neoliberal del capitalismo. Pues no se trata sólo del propietario constituido desde el dominio o control de medios de producción, sino su expansión, dentro de las clases medias altas y medias en ascenso como también de sectores populares o trabajadores, producto del proceso de mercantilización de los bienes básicos y de acceso a servicios.

La ciudadanía patrimonialista, propia del orden neoliberal, se configura sobre dos ejes fundamentales: por un lado, la idea del ciudadano propietario; por otro lado, la autorregulación como base de la autonomía individual.

La dinámica de la reestructuración capitalista impulsada por el capital financiero y mercantil desembocó en la reprivatización de lo social y la mercantilización de los derechos sociales y económicos de los cuales eran propietarios los ciudadanos

<sup>6</sup> Seguimos aquí los planteamientos realizados por Maristella Svampa (2005), para el caso argentino.



en la fase industrial del capitalismo. La expropiación política y social por parte del capital de los derechos sociales y económicos de los trabajadores y ciudadanos en general dio lugar en la etapa de instalación del neoliberalismo a un ciclo de protestas y de resistencias populares y sociales desde la sociedad civil. El reclamo político exigía la reposición y la devolución de los derechos expropiados. Sin embargo, la fuerza de la idea de la obtención de “propiedad” vía la participación individual en el mercado, la resistencia del capital a la re-socialización de esos derechos ahora convertidos en bienes mercantilizados y, sobre todo, la seducción mediática del acceso a la propiedad como objeto de deseo y de poder puso fin a la exigencia inicial de la ciudadanía tradicional.

La adhesión o la conversión de la ciudadanía nacional pos-autoritaria en Chile a la cosmovisión neoliberal, especialmente, de las clases medias altas y medias como también de importantes sectores populares fue posible por dos factores: por un lado, el acceso al consumo, a través del crédito, y, por otro lado, por el estable y prolongado crecimiento económico que siguió la crisis del ajuste estructural neoliberal de comienzos de los años ochenta que se inició en 1985 y se prolongó hasta la crisis asiática de 1997. Esta última crisis no logra quebrar ni alterar la tendencia establecida en la segunda mitad de la década de los ochenta. Luego de dos años malos, la recuperación del crecimiento económico, si bien, con ciertas dificultades, ha logrado situarse en la senda anterior. La recuperación del acceso al consumo y la ampliación inusitada del crédito hacia sectores sociales antes excluidos de él a reforzado la ciudadanía patrimonialista como ha quedado expuesta en el acceso a bienes de consumo masivo, especialmente, de electro-domésticos.

La manifestación de la adhesión ciudadana a la cosmovisión neoliberal, durante los años noventa que hoy vuelve con fuerza, se ilustra de manera más elocuente en las nuevas urbanizaciones privadas, es decir, en los enclaves residenciales privados protegidos por guardias de seguridad privados, monitoreados por cámaras de vigilancia, cercados con poderosas y altas rejas de fierro que no sólo son la manifestación de una demanda de seguridad sino de un nuevo estilo de vida. Este nuevo estilo de vida apunta a construir una sociedad civil fragmentada de individuos “semejantes”, basado en la existencia de fronteras espaciales, el acceso a la vivienda propia (en lo posible separada y distinta de las demás) y la afirmación de la homogeneidad social. Imponiéndose la exclusión, la separación, del otro o de los otros por no ser iguales o semejantes. Se trata de la cultura social del ghetto. Somos iguales pero defendemos y afirmamos nuestro ser social a partir de la diferencia cultural, económica y, sobre todo, patrimonial. La demanda y la exigencia por la diferencia apuntan y se dirige a mantener el sentido de las semejanzas.

El “encierro” en el espacio privado es total y completo. Se trata de una huida hacia adentro, es una forma de manifestar su rechazo al espacio público que es visto



como una amenaza y un peligro para la conservación del patrimonio adquirido, o sea, de la propiedad. La adopción de este estilo de vida basados en la privatización de la seguridad, explicita el acoplamiento entre el modelo de ciudadanía patrimonial con una nueva estructura de temores e incertidumbres que no provienen de la acción del Estado ni del Mercado sino, esencialmente, a aquellos que tienen los recursos materiales ni las posibilidades culturales para acceder a los bienes patrimoniales que soportan la nueva ciudadanía.

Los miedos que hoy expresa la ciudadanía no tienen que ver con los miedos producidos por la acción del Estado de la Seguridad Nacional. La estructura de los temores y la demanda por seguridad y protección tiene que ver con una nueva polaridad (amigo/enemigo; adentro/afuera) que se constituye, en el mercado como en la misma estructura social de la sociedad civil. Leído a partir de sus consecuencias políticas y sociales, este modelo de ciudadanía denota una aspiración comunitaria, cuya base es cada vez más el miedo. Lejos de proponerse alcanzar ideales de igualdad o solidaridad la demanda de seguridad resta negativa y defensiva: en el fondo aquí ya no se trata de alcanzar algo “bueno”, sino tan solo de evitar “lo peor” conservando lo que se tiene. La “utopía de la seguridad” es una aspiración que atraviesa transversalmente a la sociedad civil neoliberal y en la medida que los distintos grupos socioeconómicos son integrados al mercado, a través del mecanismo crediticio, la ciudadanía patrimonial se extiende ampliamente.

Según estudios recientes sobre el ingreso promedio percibidos por los habitantes de la ciudad capital Santiago de Chile, que concentra el 40% de la población total del país, permite sostener que descartando el grupo ABC1 e incluso al E, el 80.4% cuenta con ingresos suficientes para participar activamente en el mercado (ver cuadro). El salario mínimo establecido en 240 dólares es, a su vez, el mínimo exigido por las entidades crediticias para otorgar un crédito de consumo en una casa comercial o financiera. Siempre y cuando el solicitante no tenga antecedentes comerciales negativos. La extensión del crédito es de tal dimensión que actualmente los Supermercados ofrecen líneas de créditos a mujeres “dueñas de casa” que no necesariamente poseen ingresos propios. También se han abierto líneas de créditos para jóvenes, ya sea estudiantes o profesionales. En los últimos 13 años las tarjetas de créditos de las grandes tiendas se han disparado desde 1,3 millón a siete millones, según la Cámara de Comercio de Santiago. Y las tarjetas de crédito bancarias aumentaron en un 43% sólo en cuatro años.

GRUPOS SOCIOECONOMICOS	INGRESO PROMEDIO	% de Población
ABC1	US\$ 5.357	11,3
C2	US\$ 2.005	20,3
C3	US\$ 966	25,7
D	US\$ 546	34,2
E	US\$ 240	8,3

Fuente: Diario LaTercera, Reportajes, octubre 2006, pág. 2



En opinión de los publicistas de la sociedad neoliberal el consumo se ha democratizado. Sin embargo, la desigualdad se ha disparado, fundamentalmente, por medio de la conformación de circuitos mercantiles cada vez más diferenciados y fragmentados. Estos se han transformado en valor de cambio, el acceso a las diferentes calidades de servicios, de bienes y productos marcan y señalan las oportunidades en la vida social y económica y marca la emergencia de nuevas fronteras sociales, impulsando el desarrollo de categorías heterogéneas de ciudadanía (Tironi, 2005).

La expansión del modelo del ciudadano propietario ha implicado una alta valorización social del derecho de propiedad privada entre los ciudadanos y ciudadanas que viven en la sociedad neoliberal triunfante. De acuerdo a las percepciones expresadas por habitantes de distintas comunas de la ciudad de Santiago de Chile, preguntados por la importancia que tiene el Derecho de Propiedad y se este era respetado. Los grupos socioeconómicos que habitan comunas de ingresos ABC1 y C2 consideran que un 92,1% es importante o muy importante y un 65,6% considera que respetado o muy respetado. Para los sectores socioeconómicos C3 en un 91.8% y 52.3% consideran importantes o muy importantes y respetado o muy respetado, respectivamente, el derecho de propiedad en Chile. Por su parte, los sectores populares, o de más bajo ingresos D y E, el derecho de propiedad es considerado muy importante o importante en un 87,3% y en un 41.2% sostiene que el derecho de propiedad es respetado. Este es el grupo que considera que una proporción más alta que el derecho de propiedad no es respetado en Chile, un 55.2% así lo percibe.

### Grupos Socioeconómicos ABC1

D° de Propiedad					Total
	Muy importante	Importante	Poco importante	Nada importante	
N	96	57	11	2	166
%	57,8%	34,3%	6,6%	1,2%	100%

  

D° de Propiedad					Total	
	Muy respetado	Respetado	Poco respetado	Nada respetado	No responde	
N	18	91	48	7	2	166
%	10,8%	54,8%	28,9%	4,2%	1,2%	100%

### Grupos Socioeconómicos C2 y C3

D° de Propiedad					Total	
	Muy importante	Importante	Poco importante	Nada importante	No responde	
N	97	60	11	1	2	171
%	56,7%	35,1%	6,4%	.6%	1,2%	100%

  

D° de Propiedad					Total	
	Muy respetado	Respetado	Poco respetado	Nada respetado	No responde	
N	6	84	59	21	2	172
%	3,5%	48,8%	34,3%	12,2%	1,2%	100%

### Grupos Socioeconómicos D y E

D° de Propiedad					Total
	Muy importante	Importante	Poco importante	No responde	
N	86	59	17	4	166
%	51,8%	35,5%	10,2%	2,4%	100%

  

D° de Propiedad					Total	
	Muy respetado	Respetado	Poco respetado	Nada respetado	No responde	
N	8	60	65	26	7	165
%	4,8%	36,4%	39,4%	15,8%	3,6%	100%

**Fuente:** Encuesta Sociopolítica elaborada por Juan Carlos Gómez Leyton, 2004.

Las percepciones manifestadas por ciudadanos y ciudadanas confirman la fuerza que tiene el modelo ciudadano propietario.

Con todo el núcleo del modelo neoliberal de la ciudadanía es la figura del consumidor. En efecto, la figura del ciudadano consumidor conlleva asociado la idea que los individuos requieren otro tipo de derechos ciudadanos como son los derechos y deberes del consumidor. La Ley N°19.496, publicada el 07 de marzo de 1997, constituye una ley general marco a cuyas disposiciones sólo quedan sujetos los actos jurídicos que, de conformidad al Código de Comercio u otras disposiciones especiales, tengan el carácter de mercantiles para el proveedor y civiles para el consumidor.

El establecimiento de la normativa legal permitió dar un salto significativo al interior de la ciudadanía credi-card, entre el consumidor puro al ciudadano consu-



midor usuario. El modelo consumidor puro facilita el des-dibujamiento de la matriz conflictiva de lo social, ocultando y despolitizando los efectos excluyentes iniciales del régimen económico neoliberal. Si bien, sólo cuando se consolida y se extiende en toda la sociedad, el consumo neoliberal abre espacios de inclusión e integración social de carácter mercantil. Ocultando, tras esa inclusión la cuestión de las desigualdades sociales. Este ocultamiento ideológico nos revela la importancia crucial del consumo en tanto dispositivo de legitimación de la sociedad neoliberal que desde lo años 90, al desaparecer los dispositivos represivos de la dictadura, a través de los mecanismos políticos democráticos que privilegió fuertemente la “seducción individualista”, mediante la revalorización del triunfo individual. Lo particular del modelo ciudadano consumidor puro es que fue avalado por todas las fuerzas del establishment no sólo concertacionista sino también de la oposición derechista representada por la Alianza por Chile e integrada por la Unión Demócrata Independiente (UDI) y Renovación Nacional.

La intensidad de la expansión del consumo y del crédito ha impulsado los ciudadanos a constituir nuevas formas de organizaciones sociales. La sociedad civil se ha puesto en movimiento especialmente para constituir un nuevo tipo de ciudadano, el ciudadano consumidor-usuario o el ciudadano cliente. Este ciudadano que comienza ocupar el centro de la escena del espacio público.

La forma que adoptó el proceso de privatizaciones durante la dictadura militar pinochetista, la conformación de mercados monopólicos y la misma presencia de la dictadura limitó severamente la emergencia del ciudadano-usuario. Ello explica que sólo en democracia los derechos de los consumidores comienzan a ser considerados como parte de los derechos de los ciudadanos y comienzan a conformarse las primeras organizaciones de consumidores. Actualmente existen 19 organizaciones de consumidores a lo largo y ancho del país destinadas a defender los derechos de los consumidores-usuarios. Cabe señalar que antes que garantizar el escenario apropiado para la gestación de un hipotético “control ciudadano”, ejercido por el consumidor usuario, la dominación política neoliberal se encargó de proclamar su existencia virtual, asegurando, al mismo tiempo, su inviabilidad empírica. En los hechos, la virtualidad del consumidor-usuario fue compensada por la ostensible centralidad que adquirió el consumidor puro, imagen impulsada por el modelo neoliberal pinochetista.

El declive inevitable de la figura del consumidor puro, asociado al dispositivo de dominación pinochetista, nos advierte sobre la importancia estratégica que adquiere en la actualidad el modelo del consumidor-usuario. Ocultado durante los primeros años del crecimiento económico y del frenesí consumista, conminado al estado embrionario por ser cautivo de los mercados monopólicos, encuentra actualmente sus voceros en un conglomerado heterogéneo de organizaciones sociales (asociaciones de defensa del consumidor) que están lejos de constituir un verdadero espacio autónomo.

En ese sentido, la primera condición para la emergencia del consumidor usuario es que se restituyan o se establezcan nuevas capacidades estatales para fiscalizar, supervisar y regular la acción del mercado, así como el fortalecimiento y capacidad de autode-terminación de las propias organizaciones de consumidores.

Por lo tanto, vale la pena preguntarse si la condición de posibilidad del consumidor-usuario no abre nuevas oportunidades y desafíos ciudadanos, en la medida en que su potencial realización puede colocar en el centro la discusión sobre las bases de un nuevo pacto social. Tengamos en cuenta que su “realización” interpela tanto al gobierno como al mercado. Un ejemplo de ello fue la protesta de los ciudadanos-usuarios-estudiantes que demandan un mejor servicio educativo, a través del mejoramiento de la calidad de la educación.

No hay que olvidar que el espacio del ciudadano-usuario es más elástico de lo que muchos suponen, ya que la cuestión de los servicios recorre transversalmente la sociedad al tiempo que, como de costumbre, afecta de manera más severa a los sectores económicamente más vulnerables.

Desde estos sectores sociales se configura el tercer modelo de ciudadanía: la asistencial-participativa asociada a la matriz neoliberal que lejos de prescindir del estado, señala su omnipresencia, aunque mediada por diferentes tipos de organizaciones sociales de la sociedad civil. A través de la articulación entre políticas sociales focalizadas y redes de organizaciones comunitarias, el estado se instala en el territorio natural de los movimientos sociales poblacionales o urbanos y desde allí ha desarrollado una dinámica de ampliación y socialización de estos sectores para integrarse plenamente en la sociedad neoliberal, mostrando con ello que su función no sólo apunta a la gestión de las necesidades básicas, sino, de manera general, a controlar la existencia y la reproducción de la vida de los sectores populares y de los de sectores populares pobres.

La autoorganización de los sectores populares pobres no sólo asume un carácter unívocamente funcional, también habrá que señalar que organización social colectiva es, por un lado, un imperativo impulsado desde arriba con claros objetivos de control social, pero también es el resultado de las luchas “desde abajo”. Estas organizaciones logran desarrollar nuevas formas de participación, mediante la autoorganización territorial y el desarrollo de prácticas sociales de carácter comunitaria y solidaria, lo cual les permite reconstituir identidades sociales y re-significar los espacios locales.

Las redes comunitarias tienden a ser un nuevo locus del control y la dominación neoliberal. En nombre de las nuevas e incipientes formas de participación ciudadana, éstas se han convertido, en el espacio de producción de movimientos sociales innovadores. Esta forma de ciudadanía se emparenta con la acción social y política de los ciudadanos sub-políticos a que nos referimos más arriba.



La reformulación de la relación entre Estado y mercado se tradujo en un severo retroceso de los derechos sociales, económicos, civiles y políticos. Las nuevas condiciones han instalado una nueva forma ciudadana: la ciudadanía neoliberal. Que constituye el eclipse del modelo de ciudadanía social y colectivo instalado con el desarrollo capitalista industrial. (Gómez Leyton, 2006a y 2006b)

Todo lo anterior nos permite caracterizar a la sociedad chilena como una sociedad neoliberal avanzada o triunfante. En estas sociedades neoliberales triunfantes la mayoría de las fuerzas sociales y políticas han aceptado y adoptado el neoliberalismo. No hay un mayor cuestionamiento a lo existente. Todos son “neoliberales” tanto los de derecha como los de izquierda. (Gómez Leyton, 2004 y 2002)

## **Conclusiones**

Las tres décadas de neoliberalismo chileno tienen dos fases claramente marcadas en lo que se refiere al régimen político pero no al tipo de sociedad que ha constituido y desarrollado, la primera: la fase dictatorial entre 1975-1990. Fase de instalación, crisis, reajuste del proceso de neoliberalización del capitalismo nacional. Y, la segunda, la democrática, entre marzo de 1990 hasta la actualidad, fase de consolidación, profundización y ampliación de la sociedad neoliberal.

Los distintos gobiernos democráticos en el poder desde marzo de 1990 a la fecha, conformados por la Concertación de Partidos por la Democracia, una coalición de partidos de centro izquierda, integrado por el Partido Demócrata Cristiano, el Partido Radical Social Demócrata de Chile, el Partido por la Democracia y el Partido Socialista de Chile han continuado y expandido el modelo de acumulación capitalista neoliberal.

Así, los primeros seis años del siglo XXI (2000-2006) la sociedad chilena fue gobernada por un presidente socialista Ricardo Lagos Escobar, militante del mismo partido de Salvador Allende; lo cual es sólo una triste coincidencia. Pues a diferencia de Salvador Allende que murió luchando por una sociedad justa, igualitaria y solidaria, Lagos terminó su gobierno manteniendo a Chile entre los países de peor distribución de ingresos a nivel mundial con tasas de personas con problemas de trabajo muy altas, que no permiten afirmar que el crecimiento registrado se utilizara en “beneficio de la mayoría”. La concentración de los ingresos y de la riqueza siguió siendo muy fuerte en beneficio de las “mismas minorías de siempre”, como se demuestra con las tasas de ganancia exorbitantes de las empresas transnacionales cupríferas o de los principales grupos económicos, de manera que las políticas macroeconómicas utilizadas no se emplearon en orientar en un sentido redistributivo los incrementos de los ingresos que se originaron por el crecimiento económico. (Fazio, 2006; Fazio y Parada 2006; VV.AA 2006)

Un alto funcionario del gobierno de Lagos, el director de Presupuesto, Mario Marcel, al momento de hacer el balance de la gestión, señaló “hemos ido revalorando más de lo bueno de muchas de esas reformas – refiriéndose a los años de Pinochet–, e identificando dónde están las cosas que no funcionan”. Por esa razón, el ex ministro de Hacienda de Pinochet Sergio de Castro, expreso “que el gran mérito del [primer] Gobierno [concertacionista] de Patricio Aylwin fue precisamente validar el modelo. Todo el mundo esperaba que una vez en el gobierno iban a deshacer totalmente el modelo, pero no fue así”. Y, agregó, que el modelo ya lo adoptó el socialismo, así que, qué peligro va haber. Hoy está asentado.

A pesar que algunos analistas sostienen que estaría en retirada en el mundo, especialmente, desde que se inició la última crisis económica a fines de los años noventa, las concepciones neoliberales mantienen en Chile su hegemonía. Ese es el gran mérito de la Concertación haber legitimado el neoliberalismo en la sociedad civil chilena.



## **Bibliografía**

Beck, Ulrich (1998): *La Sociedad de Riesgo: hacia una nueva modernidad* Ed. Paidós, Barcelona.

Beck, Ulrich (1999): *La Invención de lo político* Editorial Fondo de Cultura Económica, México.

Brescia, Maura (2000): *Privatización +Poder+Globalización en Chile, América Latina y el Caribe*. Editorial Mare Nostrum, Santiago de Chile.

Engel, Eduardo y Patricio Navia (2006): *Que gane "el más mejor". Mérito y competencia en el Chile de hoy*. Editorial Debate, Santiago de Chile.

Fazio Rigazzi, Hugo (2006): *Lagos: El Presidente "progresista" de la Concertación*. Ediciones LOM, Santiago de Chile.

Fazio Rigazzi, Hugo y Magaly Parada (2006a) "Las políticas macroeconómicas en el sexenio de Lagos" en Varios Autores: *Gobierno de Lagos: Balance Crítico*. Ediciones LOM, Santiago de Chile.

García Canclini, Néstor (2004): *Diferentes, Desiguales y Desconectados. Mapas de la interculturalidad*. Editorial Gedisa, Barcelona.

Giddens, Anthony (2001): *Un mundo desbocado. Los efectos de la Globalización en nuestras vidas*. Ed Taurus, España.

Gómez Leyton, Juan Carlos (2006) "Ciudadanía en los tiempos del libre mercado" en León Aravena, Javier y otros (editores): *Discursos y Prácticas de Ciudadanía*. Ediciones Universidad del Bío Bío, Chile.

Gómez Leyton, Juan Carlos (2006a): *Notas para el estudio de la historia reciente del Estado, Mercado y Sociedad Civil en América Latina*. Universidad ARCIS, Doctorado en Procesos Sociales y Políticos de América Latina. Santiago de Chile.

Gómez Leyton, Juan Carlos (2006b) *La Democracia Neoliberal en Chile y en América Latina. 1980-2005*. Universidad ARCIS, Doctorado en Procesos Sociales y Políticos de América Latina. Santiago de Chile.

Gómez Leyton, Juan Carlos (2004): "Votar o no votar? ¿Esa es, realmente, la cuestión? o ¿Qué democracia queremos? Una argumentación política por la democracia postneoliberal, Ponencia presentada en el Coloquio sobre la Nueva Ley de Elecciones. Escuela de Ciencias Políticas, Universidad ARCIS. 23 de junio. Santiago de Chile.

Gómez Leyton, Juan Carlos (2004b): "Abstención Electoral, fragmentación ciudadana y crisis de la representación política, Chile 1989-2001" Ponencia presentada en el II Congreso



Latinoamericano de Ciencia Política: Los Desafíos de la Gobernanza Democrática en América Latina, 29 de septiembre al 1 de octubre. ALACIP, Asociación Latinoamericana de Ciencia Política, México D F, México.

Gómez Leyton, Juan Carlos (2003): *Notas para el estudio de la Historia Reciente del Capitalismo y la Democracia en América Latina*. Ponencia presentada en la I Reunión del Grupo de Trabajo Historia Reciente de CLACSO. La Habana, Cuba.

Gómez Leyton, Juan Carlos (2003b): "La Crisis de la representación política en Chile, 1990-2001" Ponencia presentada en el Congreso Internacional América Latina: Identidad, Integración y globalización, Centro de Estudios Avanzados de la Universidad Nacional de Córdoba, 10-11-12 de julio. Córdoba, Argentina.

Gómez Leyton, Juan Carlos (2002): *Democracia y Ciudadanía Latinoamericana en los tiempos del libre mercado*, en América Latina, N° 2, Revista del Doctorado en Procesos Sociales y Políticos de América Latina, Universidad ARCIS, Santiago de Chile. Págs. 59-91.

Hopenhayn, Martín (2005): *América Latina. Desigual y descentrada*. Editorial Norma, Buenos Aires, Argentina.

Instituto Nacional de Estadísticas (2003): *Cuánto y Cómo cambiamos los chilenos. Balance de una década. Censos 1992-2002*. Santiago de Chile.

Moulian, Tomás (2004): *De la política letrada a la política analfabeta*. Ediciones LOM, Santiago de Chile.

Moulian, Tomás (1997): *Chile Actual. Anatomía de un mito*. Universidad ARCIS/LOM, Santiago de Chile.

PNUD (1998): *Desarrollo Humano en Chile. Paradojas de la Modernidad*. Santiago de Chile.

PNUD (2000): *Desarrollo Humano en Chile. Más Sociedad para Gobernar el Futuro*, Santiago de Chile.

PNUD (2002): *Desarrollo Humano en Chile. Nosotros los chilenos: un desafío cultural*. Santiago de Chile.

PNUD (2004): *Desarrollo Humano en Chile. El Poder: ¿para qué y para quién*. Santiago de Chile.

Sartori, Giovanni (1998): *Homo Videns. La sociedad teledirigida*. Editorial Taurus, España.



Svampa, Maristella (2005): *La Sociedad Excluyente. La Argentina bajo el signo del neoliberalismo*. Editorial Taurus, Buenos Aires.

Tironi, Eugenio (2005): *El Sueño Chileno*. Editorial Taurus, Santiago de Chile.

Touraine, Alain (1997): *¿Podremos vivir juntos? Iguales y Diferentes*. Editorial Fondo de Cultura Económica, México.

Varios Autores (2006): *Gobierno de Lagos: Balance Crítico*. LOM Ediciones, Santiago de Chile.